

MAIKEL SOFIEL RAMÍREZ CRUZ

# EL BAR DE LAS REVELACIONES



Maikel Sofiel Ramírez Cruz

**EL BAR DE LAS  
REVELACIONES**



A mis hijas, Claudia y Sofia.

A Maylin, mi esposa, por soportarme, y estar ahí  
siempre.

A mis amigos y familiares. Muchos de ustedes son  
personajes de mis cuentos, aunque no los mencione.

A Tony Borrego, amigo y maestro, esté donde esté,  
ojalá y leas.

## **El bar de las revelaciones**

Ella me observa con el cinismo que deben usar las meretrices para seducir a sus posibles clientes. Llegó hace un rato al bar y pidió una cerveza, encendió un cigarrillo y clavó en mí la mirada de una mujer que anda en busca de sexo casual, pero encuentra sin querer algo codiciado. Yo estoy sentado en un extremo de la barra, de espaldas a la puerta, pero no pude ignorar su entrada, el olor a puta me obligó a voltear para verla.

Ella es una diva envuelta en un vestido negro peligrosamente corto ajustado a su figura estructural, un vestido escotado que promueve un par de tetas magníficas. Tiene el pelo rojizo y suelto sobre los hombros, y unos ojos claros capaces de provocarle una erección a un anciano.

Presagio el peligro. Mi economía tercermundista de país bloqueado no puede con tanto, un escritor que no escribe ni publica, no tiene como pagarle a una mujer así, pienso, y termino mi trago dispuesto a marcharme. Sin embargo, ella se acerca y se sienta a mi lado, pide otra cerveza y paga un trago para mí. Dice que hace mucho que no sentía deseos de singar gratis. Me pregunto (y le pregunto) qué vio en mí, soy un

cuarentón encorvado y calvo, con una nariz enorme en medio de la cara. Ella sonríe y no responde. Imagino que aún tengo mis encantos, mi atractivo. No es por mi dinero, estoy seguro, incluso un ciego puede ver que soy un pelagatos.

Me convida persuasiva a perdernos en una habitación en el hotel más cercano. Me promete una sesión de sexo multiorg smico con garantía ilimitada, oferta única, válida sólo por esta noche. Desnudos sobre la cama después de cumplir con su promesa, me dice que tiene veinticinco años, y que desde los catorce supo que singar era lo más rico que había en este mundo. Me cuenta que su primer y único amor fue su padrastro.  l la mim  y la consintió como se mima y se consiente a una hija, pero ella siempre lo dese  como una gata en celo, desde bien niña.  l también la deseaba, pero se había jurado a sí mismo no hacer nada abominable, reprochable, insensato. Ella quería estar siempre con él, bañarse en el río, sentarse en su regazo a ver la televisión, adormecerse entre él y la madre en la cama matrimonial y, en las madrugadas, acariciar su pinga involuntariamente dura mientras dormía. Una tarde de invierno el padrastro llegó a la casa un poco borracho y la despojó de la virginidad en su propia cama. Dice que

pueblo chiquito, infierno grande. Que la gente es envidiosa, que todo era perfecto hasta que la madre un día los sorprendió temprando al llegar antes de tiempo del trabajo, a causa del chisme de un vecino. Se formó una bronca memorable, y ella terminó en la calle con su ropa dentro de una maleta. Fue entonces cuando vino a buscar vida a esta ciudad. Dice que hasta hoy no ha regresado a su pueblo, ni ha tenido noticias de ninguno, a ella le gusta creer que siguen casados y viven en el mismo lugar.

Fumamos plácidamente después del combate sexual, yo, a pesar del cansancio estoy listo para el segundo round. Ella me mira con el descaro que deben mirar las prostitutas a sus mejores clientes, sus ojazos claros tienen un brillo excepcional. Entonces se acerca, y me susurra al oído, que nunca había visto a un hombre que se pareciera tanto al esposo de su mamá.

## **De guerras y soldados (I)**

El jefe dio la orden de alto al fuego, pero seguimos disparando, a ráfagas. Queríamos liquidar a un enemigo que nos hostigaba desde hacía varias semanas. El tiempo se había escurrido más allá de la medianoche, a esa hora en que el frío arrecia, y las sombras parecen gentes, y las gentes se desvanecen entre las sombras. La orden fue dada, y nadie pareció escuchar, o quizá todos la escuchamos y nos dio igual.

El enemigo se evaporó frente a nosotros, se fue convirtiendo poco a poco en ensangrentados bultos bajo la luz que producían las armas. En algún momento los disparos cesaron, y llegó el amanecer. Mi fusil era el único que llenaba el aire con su música de guerra. Entonces pude ver el campo de batalla cubierto de cientos de cadáveres, de muertos que lucían el uniforme de nuestro ejército.

## Blackout

¡Cojone! Corre, pon la linterna del móvil, que alumbre el cuarto de la niña, tú sabes que se despierta enseguida cuando se ve a oscuras...

¿Y... qué hora es, eh...? Mira esto, chico, el arroz blanco que lo acabo de montar en la olla arrocera... ¿Qué tú crees, pongo la cazuela en el fogón de gas? ¿No se romperá por eso...? Oye, ya se despertó la niña. Claro, si hace tremendo calor. Anda, cógela a ver si yo logro terminar la comida. ¿Niño, y qué hago de plato fuerte?

Yo la estoy escuchando, pero no respondo. Pienso que es una pregunta absurda, totalmente innecesaria. Lo único que hay en el refrigerador son dos muslos de pollo. Supongo que ella quiere saber cómo los prepara...

Muslito en salsa, o mejor frito, más rico, ¿verdad? Lo malo es que casi no nos queda aceite para andar friendo cosas... Y los plátanos, ¿cómo los hago, hervidos y en fufú? Ay, qué va, de madre a esta hora plátano hervido, además sabes que me estriñe... Mira, lo voy a freír todo y que se acabe el aceite pa'l carajo; de todas formas, no tengo puré de tomates ni especias para hacer salsa... Ah, niño, para mañana no hay arroz, éste que



estoy cocinando era el que quedaba en el latón. Mira, voy a calentarle un poquito de leche a la niña para que se la des. A lo mejor tiene hambre, a lo mejor eso le da sueño y quizá se rinda con todo y el calor que hay, porque esto no se sabe hasta qué hora será...

Voy a echarle agua a la leche para estirlarla un poquito, es que si la niña se despierta en la madrugada hay que darle, y entonces para el desayuno no le alcanza. Yo creo que ya este arroz está. ¡Coño, me quemé! ¡Este arroz es una mierda, chico, una melcocha...! ¡Oye, niño, oye eso! Deja asomarme un momento... ¡Dios mío!, una multitud en el parque tocando calderos y gritando que pongan la corriente...

Son casi las nueve de la noche, estoy sentado en un balance en la sala. Trato de refrescar a mi hija con un improvisado abanico de cartón de caja. Intento protegerla de un ejército de mosquitos que ataca con entereza en cuanto quitan la luz. Mañana veré al viejo del quiosco de la esquina, ojalá me fíe un poco de arroz y algunas especias, y puré, si tiene... En mi trabajo dijeron que van a vender un combo la semana que viene, tengo que conseguir dinero... Ahora todo se vende en combos. Ayer en la cafetería de la avenida estaban vendiendo un combo: un paquete de pelly, una lata de

ají en conserva, un pomo de sirope, dos bolsas de yogur de soja, una cajetilla de cigarros y tres tabacos...

Toma, niño, el biberón. Oye, dice una compañera de trabajo que ayer la policía cogió al primo con carne de vaca. Ella lo estaba esperando para comprar y como no llegaba se preocupó. Seguro le meten una pila de años al pobre. Ten mucho cuidado por ahí, amor, que la cosa está mala... Ya puse los muslos a hervir, eso es un momentico. ¿Y, tú, tienes hambre? Ven, dame a la niña, deja darle un poquito de balance a ver si se queda dormida. Báñate si quieres, en cuanto coja presión la olla bajo el pollo y lo frío...

Salgo hasta el portal, me rasco la barba y enciendo un cigarro. Mi esposa se mece suavemente y canta una tierna canción con la niña en brazos. A lo lejos, en el parque, puedo ver las siluetas de la gente y sus calderos, puedo ver asimismo las luces de los teléfonos que seguramente graban lo que sucede. Alguien grita que la policía viene en camino y la mayoría se dispersa rápido. Boto el cigarro y cierro la puerta de la calle. Cierro la ventana también. Mi esposa se pone de pie en silencio y lleva la niña hasta la cuna.

## **De guerras y soldados (II)**

Era un hombre valiente, fue el primero en alistarse para aquella guerra en un país extraño. Terminó la preparación como el mejor, y de inmediato lo ascendieron a teniente.

Pero la guerra no es como las prácticas, así que huyó durante el primer combate. La Corte Militar no comprendió sus excusas, y los psiquiatras no creyeron en su delirio.

Mañana al amanecer el pelotón de fusilamiento se encargará del resto.

## Bloqueo

*Mi libro de cabecera es un revólver y quizá alguna vez al acostarme, en vez de apretar el interruptor de la luz, distraído, me equivoco y aprieto el gatillo.*

Jacques Rigaut.

Continúa pensativo frente a la página en el procesador de texto en el ordenador. Han pasado meses desde que escribió el último relato que valiera la pena. Lleva semanas sin dormir y bebiendo lo que consigue. Ya no queda nada de valor en su poder que pueda vender o empeñar, sólo la vieja computadora que lo acompaña desde sus días de gloria. Acaricia levemente con los dedos húmedos el teclado una y otra vez. Se detiene y observa un antiguo retrato donde sonríen abrazados una mujer y un hombre. Se rasca un instante la barba descuidada y gris. En el cenicero arde un cigarrillo que se acaba, una breve columna de humo se desliza hasta la ventana y se pierde hacia el infinito.

La habitación es un caos: hay ropa dispersa por todas partes, botellas de ron vacías, y algunas latas de cerveza. La cama está deshecha y sucia, sobre ella

descansa una mujer, boca abajo y desnuda, profundamente dormida.

Él desvía la mirada del retrato y vuelve a la pantalla, a la página en blanco. Enciende otro cigarro que enseguida deja en el cenicero y comienza a escribir ágilmente, con la habilidad inherente a los grandes escritores, o con la prisa de quien conoce ya su destino. Sobre el escritorio hay una Biblia entreabierta, y sobre ella una navaja ensangrentada. En el suelo un charco de sangre crece lentamente y humedece sus pies descalzos. El sonido de los dedos sobre el teclado se hace cada vez más lento y lejano, hasta que finalmente no se escucha. La mujer despierta y grita al ver al hombre al fin en paz sobre su propia sangre.

## **El penoso tormento de los borregos**

Este hospital huele a sangre mezclada con alcohol; huele también a rancio y a mierda. El cigarrillo se acaba y quema mis dedos delgados, que se han teñido de un tono amarillento bien cerca de las uñas. Maldigo y lanzo la colilla desde lo alto del balcón del tercer piso. La noche se me hace interminable; por más que lo intento no alcanzo a ver nada con luz en el horizonte, tan sólo en el cielo resplandecen algunas estrellas y la luna en cuarto creciente.

Supongo que la ciudad está cansada de permanecer a oscuras la mayoría de las noches. Cansada de sentir calor y de que la agobien los mosquitos. Cansada también de escuchar el llanto inquietante de los bebés que no pueden dormir y del lamento de los enfermos en los hospitales. La ciudad debe estar cansada de los apagones, de la crisis mundial y local, de las carencias y del hambre de la gente que la habita. La ciudad debe estar tan cansada como el país, tan cansada como nosotros.

Una fresca y repentina brisa salobre llega del norte, del mar que bordea suavemente la ciudad. No sé por qué la brisa me recuerda el aliento de una dama, de

una que respira bien cerca de mi rostro mientras me hace el amor. Cierro los ojos y puedo ver una hermosa mujer cabalgando sobre mí, puedo sentir lo húmedo de su sexo sobre el mío.

Mi madre emite uno de esos gritos medio apagados y tose bien fuerte varias veces. Me acerco con cuidado a su lecho. La pobre luz de una lámpara recargable que ya casi se apaga ilumina el cubículo. Al fin ponen la corriente, justo en el instante que comienza a amanecer. Por las roñosas persianas puede verse una columna de humo que se eleva y se pierde en el cielo desde la chimenea de la morgue. Ahora el hedor es inaguantable.

Algunos pacientes y sus acompañantes, algunos médicos y enfermeras, comienzan a moverse como insectos por toda la sala, por los pasillos y por los baños hediondos. La gente se asea como puede. Un hombre recorre sin suerte el lugar con un pomo en busca de un poco de agua para beber. Le escucho maldecir a todos los Santos, a Dios, al país y al gobierno.

Mi madre tiene los ojos entreabiertos y parece que duerme. Su cabello gris se pierde en el otrora blanco de la almohada. Yo sé muy bien que está despierta, lo sé porque no ha dejado de quejarse en toda la noche; lo sé

porque no ha dejado de gemir y toser como una perra enferma y sola, tirada en un rincón.

Mi madre se lleva los dedos a sus labios, hace un gesto como si sostuviera un cigarrillo; me mira fijamente y lanza un alarido con la voz medio rasgada, y comienza a llorar. Las lágrimas pronto llenan los cuencos de sus ojos pardos y tristes; las lágrimas cubren sus ojeras inmensas y eternas, como las mías.

La gente sigue en su ir y venir matutino. Yo enciendo a escondidas un cigarrillo y lo pongo en los labios de la vieja. Tan sólo toma una bocanada y tose cada vez con más fuerza, sin cubrirse la boca, y la flema y la sangre caen sobre las sábanas. Le ayudo a sentarse y acaricio de abajo hacia arriba su espalda mientras tose. Por fin se detiene, pero jadea y le cuesta muchísimo respirar. La flema, la sangre y las lágrimas le cubren los ojos, la boca y la barbilla. Un delgado hilo de esa mezcla viscosa y fétida viaja desde su cara hasta su pecho. No digo nada, sólo trato de limpiar un poco su perfecto rostro repleto de arrugas.

Una enfermera se acerca y mientras me observa amenazante, grita que hay gente fumando y aunque no lo parezca estamos en un hospital, que la gente es muy fresca y muy loca, que ahora mismo va a buscar al jefe.



Yo piso la colilla y la empujo con disimulo debajo  
de la cama donde está la vieja.

## El subteniente

El calor es insoportable, menos mal que por este agujero en una de las paredes entra durante el día la brisa, y refresca algo. A ratos veo a los soldados en su ir y venir de sabrá Dios que trajines. En ocasiones pasa alguno fumando, y, a escondidas, me regala un cigarrillo que devoro enseguida de unas pocas bocanadas.

Ya me han interrogado veinte veces, parece que no se aburren de escuchar lo mismo una y otra vez. Yo siempre les repito la misma historia. Si algo es importante cuando estás preso, es mantener tu versión de los hechos, y no dejarte amedrentar, eso es más importante aún. Ellos no saben por qué hice lo que hice, y eso es lo que les preocupa. Me han amenazado. Me han dicho, mira lo mejor es que cooperes con nosotros, vas a ir preso mil años, anormal. Pero a mí me da igual, yo sé muy bien que me va a caer el máximo de años posible, aunque coopere, yo sé muy bien que será un juicio ejemplarizante. No todos los días un subordinado le fractura un brazo a su jefe, y le deja la cara repleta de golpes...

En el cuarto de interrogatorios hace un frío infernal. Estos hijos de puta han bajado la temperatura

del aire acondicionado al mínimo, estoy sentado en una silla de metal, que me tiene el culo congelado. Llevo horas así. Es una de sus tácticas, a ver si me ablando.

Recuerdo aquel día, el sol apenas comenzaba a salir de entre las montañas que están en la Base, del lado de allá de la Frontera, había una niebla gris que envolvía todo, y un frío que se podía sentir hasta los huesos.

¡Pelotón...! ¡Firmes! Resonó en la plaza la voz que se le desgarró al subteniente, en un intento de marcialidad al ver acercarse al jefe de pelotón, al capitán. Algunos en la formación no pudieron evitar la risa. Yo permanecí al frente de mi escuadra, casi inmóvil, casi sin respirar. El pecho erguido, la vista al frente, mis dedos rozando las costuras del pantalón, también sonreí, pero hice lo posible por disimular cuando el subteniente miró hacia el grupo, buscando un culpable. Una manera de hacernos pagar por el agravio pudo ser un castigo memorable, pero no, él no podía hacer eso, él prefirió la preparación combativa, la defensa personal, el combate cuerpo a cuerpo, el desgaste sistemático del enemigo...

Realmente la preparación combativa era cosa del segundo jefe de pelotón, y el joven oficial recién graduado, desde su venida a la unidad no pensaba ni

hacia otra cosa, desayunaba, almorzaba, comía, merendaba, y cagaba preparación combativa... yo no sé cuándo había sido la última vez, antes de su llegada, que habíamos hecho al menos gimnasia matutina...

Los días que siguieron pasaron lentamente entre planchas, cuclillas, abdominales, defensa personal, prácticas de todo tipo, prácticas acompañadas de sudor, ampollas y sangre... los días transcurrieron entre continuas alarmas de combate en las madrugadas, inspecciones sorpresivas, chequeo del armamento, de la guardia, y de muchos recargos de servicio... muchos...

Aquella madrugada yo había hecho guardia hasta las dos de la mañana, supongo que serían las seis, cuando el subteniente llegó al albergue, le pegó una patada a la puerta, prendió la luz y gritó, ¡Arriba de pie! ¡Vamos que veo tibieza, arriba soldados, a la plaza, a la gimnasia matutina! Recuerdo que me revolví en la cama, y me cubrí la cabeza con la sábana. Alrededor de mí sólo escuchaba al resto alistarse rápidamente. Era domingo, era domingo lo recuerdo porque tenía que lavar toda mi ropa, y además esperábamos un paquete con cigarros que llegaba ese día. El joven oficial se acercó a mi lecho y me ordenó levantarme, quitando la sábana que me cubría, me zarandéo por los hombros... esa fue la causa

de que detonara, me puse de pie de un salto, como un felino, y le metí un empujón. Lo demás pasó todo demasiado rápido, en unos minutos yo estaba cubierto de sangre, sangre del subteniente, sangre mía también. Me lavé un poco en los lavamanos, y me di cuenta entonces que tenía los labios y la nariz rota, los ojos hinchados...

El subteniente desapareció de la unidad. Justo después del mediodía llegó un jeep de la policía militar, buscándome. Me quitaron los cordones, el cinto, el zambrán, me embutieron de cabeza en el asiento trasero, y me dieron un paseo gratis hasta el calabozo. De eso hacen ya dos meses.

Estoy cansado ya, creo que cuando pase el oficial de mierda ese a interrogarme le diré la verdad. Le diré que le partí el brazo y bien, que ese subteniente es una puta, que aún quiero matarlo, que lo busque y lo ponga frente a mí para que vea, pues por su falta de hombría estoy preso...

Abren la puerta. Es el hijoeputa del subteniente con un yeso en un brazo, y el fiscal con unos papeles entre las manos, los acompaña mi padre, que corre hacia mí y me abraza.

No sé por qué, pero presiento que esta pesadilla  
acabará pronto.

## En boca de todos

Para Orlando.

Ay, mi niño, yo con catorce años andaba pescando marineros en el puerto. Atracaba un buque mercante a cargar azúcar o miel, y ellos salían para el pueblo a ver qué encontraban, tú sabes... Esa gente pasaba meses en alta mar, en esos barcos, sin mujer, ¿te imaginas? No te veo tomando notas para el cuento ese que dices que vas a escribir... después no me preguntes nada...

Habla sin tomar aliento, se mueve inquieto de un lado a otro, busca una vasija donde guarda el café, encima de la vitrina. Sus manos, temblorosas a ratos, toman la cafetera para preparar la colada. Yo escucho con curiosidad, espero sentado en una silla en la cocina— comedor.

... y yo era lindo, ya no, ya no soy ni la chancleta de lo que un día fui, estoy viejo ya y con mil achaques. Siempre fui delgado, así como me ves, pero con esta cara y este cuerpo, tenía a los machos detrás de mí, porque, aunque era virgen, me los apretaba, y les daba unas mamadas que los dejaba reveníos.

Pero la gente es muy chismosa. En el pueblo decían que yo me estaba prostituyendo... Y yo jamás le cobré un peso a ninguno, no lo hacía por eso, lo hacía porque me gustaba. Entonces mi papá se cansó de los chismes, y me mandó a vivir con una tía para la ciudad, porque yo estaba descarriado, le dijo a mi madre. Poco tiempo después mi tía murió, y yo me quedé solo viviendo en esta casota.

Cuando cumplí diecisiete, creo, fue que me enteré de lo del cine. Muchacho, lo que se formaba allí... era la época de las películas soviéticas, unas películas largas y aburridas que duraban dos o tres horas y no pasaba nada. A casi nadie le gustaban, pero la gente entraba para hacer sus cosas, las parejas de novios y eso, tú sabes... También iban los hombres al acecho de alguien como yo. Yo me sentaba lejos de todos, al fondo casi siempre, y hacía maravillas ahí mismo. Eran tiempos en los que no había ni moteles, ni otro lugar donde meterse, la Revolución recién había triunfado y el estado había nacionalizado casi todo. Además, no era como ahora, en ese entonces no era bien visto que dos hombres entrasen juntos a una habitación de hotel, simplemente, no se podía. Las cosas iban bien hasta que una noche unas pájaras se fajaron por un punto. Niño,



pero de navajazos y todo. Se formó una... hasta que llegó la policía, y se las llevaron presas, o para el hospital, ni sé, la cuestión es que aquello se puso malo, malo. Se acabó la entrada al cine, hasta guardias pusieron, los homosexuales no podíamos pasar.

¡Ay, mira, la cafetera de mierda esta, como se está botando! ¡Malagradecida, yo que te puse la junta nueva ayer mismo! Qué barbaridad... oye, las cosas que fabrican ahora no sirven para nada, mira esto, chico...

Sale ligero hasta el traspatio, llama a la vecina de al lado, y regresa al instante con otra cafetera. La mujer le grita que le avise cuando cuele, que quiere una probadita, él contesta a gritos que le lleva un poquito en cuanto esté. Mientras tanto yo enciendo un cigarrillo.

Ay, mi niño, dame uno, hace días estoy tratando de dejarlo, es que el médico me lo tiene prohibido, también el punto que tengo ahora, pues no le gusta que fume, dice que eso es lo más feo que hay. Créeme, ese muchacho está como para comérselo, es un muñeco, así joven, como tú... y yo hago lo que él me pida, imagínate, porque además fue de los primeros en llegar al reparto, está muy bien dotado... No quiero darte muchos detalles, por respeto...

Disculpa, pues perdí el hilo de lo que te estaba diciendo... ¡Ah! Ya recordé. Entonces supe de una casa en el Marabú donde se hacían fiestas gay. La dueña era una vieja que había sido prostituta, dicen que fue la amante del gobernador de la ciudad en los tiempos de Batista. Vendían ron y cerveza, también te alquilaban una habitación, si querías, lo que ahora son las casas de renta, pero todo ilegal, por la izquierda, sabes. Ahí fue donde conocí a aquel hombre. Desde que lo vi pensé: este punto me lo como yo. Fue con él con quien perdí la virginidad, y me enamoré. Fueron como dos años divinos, los que estuvimos juntos. Vino a vivir conmigo. Era un sueño. Buscaba las cosas de la casa, todo, no me faltaba de nada. Y me daba lo que yo pidiera por esta boca, pero era celoso como un perro, ese era su único defecto. Yo empecé a trabajar, pues me aburría aquí encerrado todo el día. Aquello fue una guerra, se aparecía a cualquier hora en el trabajo, me celaba con mi jefe, con mis compañeros... Era terrible... Entonces fuimos a unos carnavales, había un muchacho de lo más lindo, que me había mirado par de veces, pero yo no estaba pa' eso, y me hizo un guiño, algo así, y me enseñó la lengua... Mira, muchacho, casi lo mata. Que susto pasé, aquello fue excesivo. Nos llevaron presos, fue horrible.

Terminé llevándole jabs y dando pabellón en la prisión. Fueron cuatro años que perdí, años que esperé a que saliera en vano, era un problema tras otro allá dentro, y más tiempo le sumaban a la condena, ay chico, la vida es una basura...

Y bien, dime, ¿cómo me quedó el café? Yo todo lo hago así, bien rico. Dame otro cigarrito, anda. Déjame darle un traguito a la vecina, que sino después se pone a hablar mierda... Ah, para la gente, ya nosotros somos novios, pues esta vieja es muy buena persona, pero es chismosa y mal pensada como nadie, así que mañana estarás en boca de todos.

## El duende

Para Tony Borrego, EPD.

Eliseo Diego, es el mejor poeta en la historia de este país, y Onelio Jorge Cardoso, es el mejor cuentista. Alberto Garrido, aunque no es tunero, es el mejor narrador, entre los vivos, en esta aldea nuestra, y Guillermo Vidal fue sencillamente un novelista genial. ¿Los leíste ya?

¿Leíste El Muro de las Lamentaciones, Las Manzanas del Paraíso, Matarile...?

No tengo oportunidad de responder, o de replicar, me abstengo a hacer con la cabeza un gesto en señal de aprobación. Él es un autor reconocido, tiene un nombre en las páginas de la literatura cubana. Yo siento que tengo mucha suerte, pues me lo presentó un amigo para que le mostrara mi trabajo.

Tienes que leer mucho, leer a los clásicos y a los contemporáneos, y tienes que escribir, todos los días. No importa si lo que escribes es una mierda. No me importa si lo haces en un pedazo de papel que te encuentres en la calle, o en una servilleta. Tienes que escribir, como si escribes en la palma de la mano, no me

importa. Ser escritor es lo mismo que ser panadero, o albañil, es un oficio como otro cualquiera, que mientras más ejerces, mejor.

Estamos en su terraza, sentados en el piso. Él, sin camisa y en shorts, siempre con un cigarro encendido o por encender en la mano. Yo le presto toda la atención, él sigue discursando como si de un soliloquio se tratara, menciona a Monterroso, a Hemingway, a Lezama, habla de El siglo de las Luces, del Quinquenio Gris, y de los campos de concentración, que, según él, existían en los años 70. Habla de Silvio Rodríguez y de Pablo Milanés, del derrumbe del Campo Socialista, del realismo sucio, y también del café que vino a la bodega el mes pasado. Habla de soñados premios internacionales, y de otros tantos premios nacionales y locales. Dice que los concursos nada significan, que ganarlos es lo mismo que perderlos, que hay grandes autores en la historia de la literatura que jamás ganaron nada.

De pronto hace una brevísima pausa, tira la colilla que pensé que le quemaba los dedos amarillentos, se incorpora de un salto, y entra veloz en la casa. Sale con los espejuelos puestos, y mi manuscrito entre las manos, puedo alcanzar a ver que hay decenas de enmiendas y tachaduras. Pasa unas cuantas páginas,

supongo que hace como si relejera, y de repente, increpa:

¿Oye hijo, quién cojone te dijo a ti que eras poeta?

Es que... esto no es poesía, esto es otra cosa que dista mucho de ser poesía... esto es una mierda... En todo caso tú eres narrador... por ejemplo, esta intentona poética tuya, que es salvable, por cierto, pudiera considerarse prosa poética, pudiera... claro si tuviera vuelo en el lenguaje, no sé... es que tú... Poeta no eres ni cojone, ¡qué va!

Al rato me despide amablemente, y me pide que regrese cuando tenga escritos algunos relatos. Yo paso par de meses sin escribir, pensando cómo había podido perder tanto tiempo en talleres literarios, haciendo poesía. Entonces se me ocurre hacer brevísimas anécdotas, pequeños resúmenes que llamo cuentos. Agrupo unos pocos, los imprimo, y se los llevo una tarde cualquiera. Tony me recibe en la terraza, y, como siempre, prepara inmediatamente café. Cuando me alcanza la taza con el humeante líquido, me aclara con sarcasmo que no es de la bodega, que es del bueno, y que lo tiene reservado para los amigos, y para las visitas importantes, que yo soy ambas cosas. Prende entonces un cigarrillo, y me pide el manuscrito. Yo permanezco

expectante sentado bien cerca. Lo observo impaciente mientras repasa las páginas.

Lo sabía, esto es otra cosa, viste que tú eres narrador, muchacho. Sigue escribiendo, no te detengas, dice sonriendo, y palmea suavemente mi espalda.

Pasan dos o tres meses, Tony me cita para vernos en el parque Maceo, y me pide que lleve algunos de los relatos que tengo escritos. Hago lo que dice sin poner peros. Tomamos un café de dudosa procedencia en El Oquendo, y fumamos frente a la sede de la UNEAC. Al rato lo acompaño a la editorial SANLOPE. Allí habla con todos, y saluda efusivamente. Me dice vamos, y lo sigo obediente por los pasillos. Irrumpe en una oficina en donde hablaban por teléfono al entrar, escucho claramente decir, disculpa, te llamo luego, aquí esta Tony. Me presenta, con tremenda formalidad, dice que descubrió una voz nueva en el panorama narrativo tunero. Me pide los relatos, y me indica que lo espere afuera. De regreso en el parque me cuenta que dejó mis textos en manos del consejo editorial, para probar suerte, en el próximo número de la Revista Quehacer. Entonces de repente, sin motivo, se incorpora, y comienza a pronunciar para mí el Discurso de un hombre solo. Es mediodía, la gente pasa y nos mira, sin

entender. Tony es un duende ingenioso, que piensa que este calor diabólico es una bendición tropical, cuando se ve que suda copiosamente, continúa declamando:

...No te das cuenta de que soy un peregrino moderno que ya no tengo zapatos para buscarte

que por la noche le hago la guardia a los senderistas para estar al tanto de tu regreso

que estoy parado en este parque diciendo en alta voz

el discurso de un hombre solo...



## El loco

Nadie sabe exactamente cuándo llegó el loco vestido de militar al pueblo, ni de dónde vino. La gente se lo encuentra a cualquier hora en las calles, en las esquinas, repitiendo sin cesar las mismas palabras incomprensibles como un disco rayado; y haciendo mil gestos, como quien preside un multitudinario acto.

En ocasiones, cuando tiene hambre, llega a cualquier casa y pide algo para comer, así, con una mueca y abriendo la boca bien grande, como si fuera un niño. Los vecinos le ofrecen algunos panes y sopa, o alguna torta de casabe y un poco de agua con azúcar. No entiendo por qué la gente se empeña en compartir sus miserias.

El loco ni siquiera cuando come deja de repetir su alocución, pero al irse, se despide siempre con un GRACIAS que resuena en todas partes, como si lo hubiera dicho desde lo alto de una tribuna en medio de la plaza. Entonces sigue su incansable andar con los zapatos derruidos. Se detiene por momentos ante cualquier señal de tránsito, o frente a un poste telefónico, va engalanado con su viejo uniforme, sucio y

maloliente, sin dejar de pronunciar jamás su incoherente discurso.

## **El machetazo**

Para tío René, que en paz descanse.

Septiembre, 1991.

Termina la tarde. El portón herrumbroso y derruido al abrir hace un sonido que pone sobre aviso a los perros. Vienen hacia donde estoy como si de una presa se tratara, pero menean las colas. No muy lejos, puedo ver a mi tío, sin camisa y sentado en un taburete que tiene por costumbre recostar a una columna en la terraza. Tiene en la boca un tabaco humeante. Al acercarme carraspea varias veces, tose, y lanza un escupitajo inmenso y verduoso, que cae junto a mí y los canes. Trae puestos aún el sombrero de yarey, los zapatos con los cordones sueltos, el pantalón de trabajo, y en su cintura cuelga una funda que guarda con celo un machete bien delgado, gastado de tanto afilarlo. A su lado, encima de un muro hay un vaso servido, y una botella de aguardiente casi llena.

Parece que me recibe con la mirada al llegar, me está observando desde que traspasé la portada. ¡Sobrino caramba, pero qué grande estás! ¿Cuántos años tienes ya, mijo? Tengo diez, tío... diez años... los cumplí

en Mayo... ¡Vaya, oye tú, como habla, si parece un  
hombrecito! ¡Tome, sobrino, dese un trago! Obediente  
tomo el vaso, pero tan sólo beso mansamente el borde,  
así, sin separar los labios. ¡Avemaría, chico!, ¿y eso qué  
cosa es? ¡Dese un trago, sobrino, carajo! Pero mire tío...  
es que... Al mismo tiempo agarra el machete y lo  
desenvaina un poco. ¡Dese un trago, o le doy un planazo  
con el machete en el lomo ahora mismo! Bebo un poco  
de golpe, torpemente, entonces arqueo, toso, siento que  
me asfixio, y hasta se me salen unos lagrimones que  
corren por mis mejillas... ¿A ver, te pasó algo, cuál era el  
miedo, cobarde? Nada tío... no me pasó nada... estoy  
bien...

Febrero, 2008.

El agua del río está tan fría que se me han llenado  
de arrugas las palmas de las manos. Ya es casi de noche.  
Estoy metido hasta los hombros, temblando. Entonces  
veo a lo lejos llegar unas vacas, unos terneros, un  
caballo, y a mi tío. Me deslizo suavemente desde la otra  
orilla, sin hacer ni un solo sonido. Me acerco tanto como  
puedo, y de repente grito lo más fuerte que puedo,  
fingiendo un poco la voz: ¡René Peña! El viejo da un  
salto, esgrime inmediatamente el machete y mira hacia

todas partes... ¡René Peña, chismoso! Busca en vano en la creciente oscuridad, tiene lista el arma, esfuerza al máximo sus ojos, pero es incapaz de verme... Pero, ¿quién rayos anda ahí...? ¡Ven y da la cara, ven que te voy a doblar el machete en el lomo, carajo! Jadea mientras habla, y respira con cierta dificultad. El tabaco se le cae de los labios, y lo pisa con una bota sin darse cuenta. Puedo ver a pesar de la escasa luz sus ojos endiablados, su cara muy arrugada, sus años. Mantiene como puede firme en la mano el afilado machete, la verdad es que tiembla un poco. Siento que ya es suficiente, temo que a su avanzada edad algo le suceda. Entonces salgo del agua, subo un poco el barranco acercándome a él, y le digo dulcemente: tío, soy yo, Maikel. ¿Quién tú eres, chico...? Tío, soy Maikel, el hijo de Sofiel, el nieto de Chicho y de María... ¡Ah, mira que cabrón!

Estoy muy cerca de él, estoy tan cerca que cuando lanza el inesperado machetazo no lo puedo esquivar, y me pega en la espalda un azote que aún recuerdo perfectamente.

## **Vicios del destino**

Durante su vida jamás fumó, ni siquiera quiso compartir la misma habitación con alguien que lo hiciera. Nunca bebió un trago de ron, ni de bebida alcohólica alguna. El café era una sustancia perjudicial y adictiva, así que no consumió ni un sorbo.

Lo enterramos esta tarde, en la mañana lo atropelló un camión que se disponía a abastecer los bares de la ciudad.

## Mensaje nuevo

Es la enésima ocasión que reviso el celular. Hago la misma rutina una y otra vez, pongo mi dedo en el sensor de huellas, activo la conexión por datos móviles:

Abro WhatsApp, y nada. Abro Messenger, y nada. Abro Gmail, nada tampoco... Ni un mensaje nuevo, ni siquiera un, Hola, estoy bien, ¿cómo estás tú?

No entiendo por qué no me bloqueaste, no entiendo para qué dejaste abierta esta puerta. Te fuiste una tarde de verano. Llegué a casa tarde, eran como las seis, llegué cansado y agobiado de un día terrible en el trabajo. Dejé el portafolios y mis llaves encima de la mesa que está al lado de la puerta, justo a la entrada del apartamento. Me quité la camisa, y fui hasta el refrigerador en busca de una cerveza salvadora. Me extrañó no verte trajinando en la cocina, haciéndome alguno de mis platos favoritos. Bebí un largo trago camino a la habitación, y vi el closet sin tu ropa, y una nota escrita a lápiz encima del tocador:

Lo siento, pero ya no soporto más fingir que te amo. Además, esto no puede ser amor, esto es otra cosa, es algo enfermizo y

tóxico, algo dañino y letal; siento miedo de ti,  
de tus arranques cuando me haces el amor...  
Temo que algún día pase lo peor, y me mates.  
Lo siento, pero es la verdad.

Hasta siempre.

Mierda. ¿Cómo pudo pasar esto, en qué momento me fingías? ¿Vas a decirme que cuando tenías mil y un orgasmos, cabalgando sobre mí, fingías? ¿Vas a decirme que cuando te apretaba bien fuerte por el cuello, cuando te pegaba bien duro por la cara, y te venías, porque te venías que yo podía sentirlo, vas a decirme que eso era fingido? ¿Vas a decirme que era fingido cuando te abrazaba, así, por sorpresa por la espalda, te volteabas y nos besábamos, y hacíamos el amor ahí mismo, en el piso o sobre la mesa de la cocina? ¿Esos besos cargados de pasión y de lujuria, eran fingidos? ¿Por qué no respondes mis mensajes?

¿Por qué me dejas en visto? ¿Por qué tus amigas o tu madre tampoco me contestan? ¿Qué les dijiste de mí? ¿Les contaste de lo violento de mi forma de amar? ¿Les contaste de los golpes, de las veces que tuviste que encerrarte en casa, y no recibir visitas, ni ir a trabajar por los moretones en tu rostro? Por favor, regresa...



prometo que voy a cambiar, te juro que haré sólo lo que tú quieras, no habrá más golpes si no te gustan, ni te apretaré jamás por el cuello. Yo te amo, cojone, te amo...

Es la enésima ocasión en esta semana que reviso el celular. No consigo hacer mi trabajo, ni concentrarme en nada. La vida es una mierda desde que estoy solo. Hago la misma rutina una y otra vez, no me canso ni desisto, pongo mi dedo en el sensor de huellas, activo la conexión por datos móviles:

Abro Messenger, y nada. Abro Gmail, y nada. Abro WhatsApp, y hay un mensaje nuevo: Voy de camino a casa. Perdóname, tú me gustas tal y como eres, me gusta lo que hacemos, además, es cierto, cómo pude fingir mis orgasmos, claro que nunca lo hice, tú me enloqueces, nunca cambies. Lamento mucho haberme alejado de ti, estaba confundida. Yo también te amo.

## En medio del callejón

Para Tito.

¡Escúcheme bien sobrino, atienda para acá! Siento que me grita, es que mi tío siempre habla muy alto, como para que se escuche a dos leguas, y más cuando está molesto... ¡Oiga, si a mí me vuelven a decir que usted se deja meter el pie en la escuela...! ¡Mire bien esta mano! Dice, y pone bien cerca de mi cara su enorme mano de gigante. ¡Si yo me entero... le voy a dar un cocotazo, que se va a mear en los chores, pa' que sepa! ¿Qué prefiere usted, un piñazo de otro niño, o uno mío?

\*\*\*

Esta escuela es una porquería, y la maestra es muy mala. Por cualquier cosa que hagas, te pega con una regla de madera que tiene sobre el buró, o te agarra por la oreja, y te levanta en peso, te pone de rodillas en una esquina mirando hacia la pared, y nadie le dice nada, el director no le dice nada.

¡Son unos malcriados estos alumnos de tercer grado, este es el peor tercer grado del municipio, del

municipio no, de la provincia! Sólo eso sabe decir en los matutinos el director. Hoy es otro día más de clases, y aunque no quiera, tengo que venir. En el receso Tito me arrebató la merienda una vez más, y se la reparten entre unos cuantos. Al final, cuando se repugnan, abren el bolso de caramelos, y lo lanzan al centro de la plaza. Entonces, como si fuera un cumpleaños, la mayoría de los niños se amontonan para atraparlos, pelean por apropiarse de mis caramelos... Tito les dice a todos: esta es mi mona, y me señala. Yo bajo la cabeza, observo fijamente mis zapatos, y unas lágrimas caen por mi rostro. Mis amigos comparten conmigo un pedazo de pan con mantequilla, me ofrecen también un poco de refresco. No le hagas caso, él es un abusador, pero nosotros somos tus amigos, me dicen, pero eso no me sirve de consuelo. En el aula la maestra me pone de rodillas otra vez en un rincón, porque estaba hablando con Paquitín de un juguete nuevo que le compró su papá, es un helicóptero que si uno quiere vuela y todo...

Terminan las clases, y nos vamos en grupo los que vivimos cerca unos de otros, nos juntamos Dixania, Yuniersi, Tito, y yo, vamos por el estrecho callejón que termina en el camino principal del barrio. De pronto Tito me empuja por la espalda, lo hace tan fuerte que

caigo acostado boca abajo. Tito me mira y ríe a carcajadas, y sigue caminando como si nada, arrastrando los pies, y se eleva una espesa nube de polvo que viene hacia donde estoy lentamente...

¡Tito, tú eres un abusador! ¿Por qué hiciste eso, mijo? Le grita Dixania, mientras me ayuda a ponerme de pie, pero a él, no parece importarle, y sigue su camino riendo alegremente. Mi camisa blanca de uniforme se arruinó, tengo heridas en las rodillas, mi boca sangra también... ¿Qué dirá mi tío si se entera de esto...? Creo que me mata si llegara a saber lo de las meriendas, y lo de las páginas que Tito le arranca a mis libros y a mis libretas... si se entera de las bolas hechas con papel que me lanza desde atrás, en el aula, de los borrones y las tachaduras que tengo que hacer en mis cuadernos, para ocultar los dibujitos donde hay pájaros, y Tito les escribe al lado: Maikel es mariquita, o cuando al regreso del recreo, puede leerse en el pizarrón, dentro de un enorme corazón dibujado en tiza de color rosa: Maikel y Paquitín son novios...

De pronto ellas gritan, pero ya es muy tarde, yo no escucho nada, se llevan las manos a la cabeza, dicen algo que no entiendo, pero ya Tito está en el suelo con la boca llena de espuma, y con los ojos así grandes, como

si se le fueran a salir. Tose una y otra vez, intenta respirar, y se retuerce en medio del callejón. Yo me quedo jadeando, bebiéndome las lágrimas y los mocos. Lo observo unos segundos, tengo el pedazo de ladrillo aún en mi mano que tiembla, igual que todo mi cuerpo.

Me parece que lo maté, entonces dejo caer el arma con la que le acabo de pegar en la espalda, y salgo corriendo hacia mi casa.

## Desde la azotea

Hay mucha gente allá abajo  
gente que me mira y ríe  
no los escucho pero sé que todos me miran y  
murmuran de nosotros  
yo sé muy bien que son personas y no hormigas  
aunque desde la azotea se vean tan pequeñas  
yo lo sé porque nosotros no somos tontos  
nosotros sabemos que las hormigas son buenas  
y no me pican si nos portamos bien  
pero si las orino y les revuelvo el hormiguero  
entonces nos odian un rato  
después se les olvida lo que les hicimos  
pero esa gente no es como las hormigas  
la gente no olvida nada y me seguirá odiando por  
siempre  
ellos quieren que me arroje desde lo alto pero no  
saben nada de nosotros  
ellos escupían a penas me veían por ahí  
y decían mira so puerco vete de acá  
ellos me odian tanto como yo te odio a veces

igual que los vecinos y los niños en la escuela esa  
de al lado del edificio yo pasaba y me gritaban a coro  
loco loco loco

todos los del pueblo me odian yo lo sé  
yo sé muy bien que me quieren muerto  
lo sé por las risas al verme por las carcajadas  
porque siempre que me ven dicen miren por ahí

va

miren al loco asqueroso churroso cochino  
yo sé muy bien que nos odian las enfermeras y

los médicos

que me ataban las manos y los pies a una cama  
me metían una gaza en la boca  
me pinchaban la nalga con jeringas  
y después me obligaban a tomar pastillas  
muchas pastillas de todos los colores a toda hora  
nosotros lo sabemos no somos tontos  
sólo mi madre a veces me quería muchísimo  
lo sé por la cara que ponía cuando me decía bien

bajito al oído

ven y chupa un poco aquí anda  
se levantaba la bata y abría bien las piernas ya sin

blúmer

ven que eso es lo que debe hacer un niño bueno

mi niño bueno que obedece y complace a su  
madre siempre

yo chupaba un rato y entonces ella gemía

y tú me decías ves que mamá te adora

pero ella trajo a ese hombre anoche y me dijo  
vete a dormir al sofá

y tú me dijiste ese hombre es malo no lo ves

entonces nosotros no dormimos nada y me  
asomé al cuarto

y ella estaba encima de él desnuda halándose el  
pelo

gimiendo y diciendo ay que rico

ya no te va a querer jamás

no va a decirte ven y chupa un poquito aquí anda  
mi niño bueno

yo lo vi muy bien yo no soy ciego

coge el cuchillo ese me dijiste en la cocina

cógelo y vamos

después había bastante sangre por todas partes

la sangre huele feo pero tiene buen sabor

una vez me caí y me rompí la boca y los dientes y

lo supe

ahora hay mucha gente allá abajo

ellos ríen lo sabemos aunque estén lejos



suenan las sirenas de la policía y los bomberos  
que ya vienen  
pero ellos no saben que podemos volar  
nadie lo sabe  
entonces nosotros surcamos el aire como  
aviones  
y volamos por encima de la gente que no para de  
reír  
volamos por encima de las patrullas  
y de los policías que disparan sus armas en vano

## El profesor de matemáticas

El profesor este la gente dice que es medio maricón, lo sé pues los alumnos de oncenos nos dijeron, ese es medio pájaro, tengan cuidado. El viejo profesor de matemáticas imparte su clase mientras camina por el aula, con una tiza en una mano, el borrador en la otra y los espejuelos siempre en la punta de la nariz. De vez en cuando se detiene y escribe algo más en el pizarrón. El viejo habla interminablemente casi sin tomar aliento del seno, del coseno, de la hipotenusa, y también de funciones trigonométricas, subraya una ecuación y dice que de toda la tripa escrita ahí esa es la esencia. Yo lo miro casi todo el tiempo en su incesante ir y venir, pero no entiendo nada de que lo dice, menos mal que no me hace preguntas ni me manda a la pizarra a resolver algún ejercicio. Pienso que ni siquiera sabe que existo, pero sin embargo me sorprende al terminar finalmente la cansona clase, pues se acerca y me dice:

—¿Mijo, tú podrás ir a la Cátedra después que almuerces?

—Sí, está bien, yo voy profe, no hay problemas.

¿Qué cojones querrá el viejo este, será verdad que es pájaro y algo raro quiere conmigo... será que

estoy suspenso... o será quizás alguna ausencia injustificada a las clases?

Casi no almuerzo, pruebo el arroz blanco mezclado con el chícharo y sólo digiero la magra tortilla con el pequeño pan. No tengo hambre y la verdad es que la ración ni luce ni sabe bien, pero a pesar de eso la mayoría se la come, incluso hay algunos que siempre están pendientes y te piden lo que sobras y engullen en pocos segundos esta porquería que llaman almuerzo.

Recorro lentamente una acera que se me hace interminable mientras el sol quema bruscamente mi piel. Al final hay un rojo letrero en la pared: CÁTEDRA DE MATEMÁTICAS. Golpeo par de veces la vieja y despintada puerta que permanece entreabierta ante mí y desde los escalones puedo ver al viejo sentado detrás de un arruinado buró cubierto de papeles y de libros llenos de polvo de tiza, trae los espejuelos en la punta de la nariz, tiene una nariz tan grande que se asemeja al cartabón que cuelga de un clavo en una de las paredes.

—Ah mijo, eras tú, pasa, siéntate.

Dice señalando un pedazo de lo que en un momento de esplendor pudo ser una silla. No digo nada, sólo hago lo que generosamente me pidió.

—Óyeme mijo, ¿de qué parte de Chaparra tú eres?

—Bueno profe... yo soy de El Tejar, mi casa está después del Paso de las Piedras, a mano derecha, es un chalet azul de placa con unas columnas verdes en el portal.

—¡Ah oye eso! Yo tuve un alumno muy bueno que era de ahí, se llamaba Juan Ramón Verdecia, ¿lo conoces?

—¿Profe usted me habla de uno que es alto, bien flaco y un poco mentiroso, por cierto? Si se refiere a ese, pues sí, cómo no voy a conocerlo, ese es primo mío.

El viejo ríe largamente, y hasta me contagia un poco con su risa, se pone de pie y se sienta entonces en una esquina del buró, muy cerca de mí.

—Ese mismo es, era un buen muchacho, o mejor dicho, es, porque aún está vivo, claro, y sí, también es cierto que es un poco mentiroso, es verdad, pero es muy noble, aunque bueno la gente cambia con el tiempo... Él fue alumno mío en el Pre de Guaranal, hace ya unos cuantos años, ¿así que es primo tuyo?

—Pues sí, profe, es primo hermano de mi papá... pero... ¿y por qué usted me pregunta eso?

—Ah, por nada mijo, sólo por saber de dónde eras... así que eres de El Tejar... ¿Entonces tú eres amigo de Yaneisy, una pelinegra muy bonita que se sienta cerca de la pizarra en la primera fila?

—Sí... bueno... más o menos... Pero ella no es tan bonita nada, bonita es Yudania, quiero decir, era, era bonita... bonita no, preciosa... Yudania era preciosa...

Le digo pero ya no lo miro a él, ahora observo una camioneta que pasa en cámara lenta por la carretera que está próxima dejando una gruesa estela de humo negro. Unos hombres salen del Bar que queda justo al cruzar la calzada, uno de ellos lleva una botella en la mano, hay un coche y se suben todos y salen cantando rancheras azotando al caballo. Un gorrión hembra aterriza en el umbral de la puerta de la cátedra, detrás de ella vienen dos más que pelean entre sí por un instante hasta que retoman el vuelo y continúan peleando en el aire...

—¿Yudania... y esa quién es, muchacho?

El viejo me interroga repentinamente y cuando lo miro parece que sus ojos van a saltar por encima de la armadura de los espejuelos, me mira como escudriñándome. Tiene los brazos cruzados y el ceño fruncido, de repente saca del bolsillo de la camisa un

cigarrillo que inmediatamente enciende, extiende su mano con la cajetilla de cigarros, asiento con la cabeza y también prende uno para mí. Él toma una gran bocanada y sigue viéndome a los ojos como quién mira a un bicho raro. Yo fumo y pienso en que me gustaría contarle quién era ella, quiero hablarle de las descarguitas con el Radiotécnica en el portal de mi casa, de los baños que nos dimos en el río, en el Paso de las Piedras o en la Represa, quiero contarle de las salidas los sábados al Boulevard o a la DiscoFiñe de la Hubert, quiero contarle de las fiestas que se hacían debajo de la mata de tamarindos del barrio donde ella bailaba y pasaba todo el tiempo sonriendo, quiero decirle que era muy inteligente, que era muy buena en Matemáticas y en Física, estoy seguro que ella habría sido la mejor alumna del Pre de mierda este... quiero decirle que jamás existió, ni va existir alguien así, alguien tan bueno, alguien tan especial... quiero decirle tantas cosas pero no puedo articular una palabra, sólo comienzo lentamente a sollozar...

—Ah, pero... ¿qué pasa mijo...? No llores... Cálmate, tienes que poner de tu parte... Puedo darme cuenta de que la querías mucho, ella murió, ¿verdad? Pues mijo déjame decirte que ella debe estar muy

preocupada por ti, sabes, al igual que Yaneisy, tu familia, y yo también al verte así... ¿Tú no sabes que tu querida amiga está en el cielo? ¿No sabes que se ha ido para estar con Dios...?

—¡Que Dios ni que cojones! ¡No me diga que hay un Dios... que pinga Dios... si hubiera un Dios como usted dice, ella no se hubiera muerto, no me joda viejo pájaro...!

Me pongo de pie bruscamente y la silla pega contra una pared y cae destrozada. Salgo casi corriendo hacia el burril que está al cruzar la cerca y escucho alejarse la voz del viejo que me llama en vano. Me siento sobre una cepa enorme que hay en el suelo, seco las lágrimas de mi rostro con la manga de mi camisa y me quedo ahí, solo. Al oscurecer llego a mi albergue sucio y maloliente, me acuesto bocarriba sobre mi cama, sin quitarme la ropa ni las botas. Yohana y Julio, por siempre, puedo leer escrito a lápiz dentro de un corazón en el cartón de la litera de arriba. No sé cuándo me quedo dormido, sólo escucho la voz de algún profesor que anuncia el de pie al amanecer el día siguiente.

## El trompo

Mi tío es un hombre muy grande, el más alto de mi familia, después de abuelo Israel, claro está. Es tornero en madera y sabe hacer casi cualquier cosa: trompos de vera, que son los duros de verdad y no es fácil rajarlos, bates de majagua, ceniceros, copas para tomar ron o vinos, morteros para machacar las especias, las patas a una cama... casi cualquier cosa. Da gusto verlo frente al torno, con su delantal de cuero blando, las gafas para protegerse los ojos y casi todo el cuerpo cubierto de aserrín y polvo. Da gusto ver como un pedazo de leño se convierte poco a poco en sus manos en un objeto útil, en una obra de arte que incrédulo observo desde el rincón donde me dijo que esperara. ¡Mire sobrino, acérquese!, dice mientras sostiene un trozo de palo muy rústico ¡Con esta madera que está aquí, vamos a hacer su trompo, dije vamos, así que mire bien, atienda bien que si se equivoca la trinchita no perdona, mire esto es una trinchita! ¿Ve que clase de filo tiene? ¡Esta herramienta es muy peligrosa, hay que tener mucho cuidado con ella, mire se agarra por aquí, así de este modo! Pone en su manota izquierda el cabo y con la derecha sostiene la parte de metal y la apoya en



el borde de un pequeño angular, que permanece fijo y así comienza a tornearse... ¿Ya ve cómo es que se hace, sobrino? ¡Siempre tiene que sostenerla con firmeza, así, como un hombre, la trinchadora no se gobierna, usted la gobierna a ella y la lleva y la pone en donde usted quiera! ¿Me entiende, sobrino? ¡Ah otra cosa, nunca, pero nunca ponga la punta mirando para arriba porque entonces se faja con la madera y puede arrancarle un dedo... o dos... o la mano completa!

¡Bueno venga, póngase aquí, tome la trinchadora, a ver, pruebe! La trinchadora se me escapa de las manos y sale endiablada por el aire nada más que de acercarla al madero que giraba rapidísimo en el torno. Tío Mario presiona veloz un botón verde y apaga el motor y entonces me alza muy rápido y me aparta ¿Deja ver, te pasó algo sobrino? No le respondo, no entiendo cómo se puede tornearse si la herramienta no quiere que la uses, si el torno es tan grande y tiene tantas palancas, botones y manivelas.

## La loca

Ella ofrece su sexo a cualquiera a cambio de un poco de licor que bebe enseguida. Anda siempre por los bares del pueblo, mesa por mesa, intentando sacarle algo de dinero a los clientes. Y les baila, en una suerte de arritmia corporal que provoca la risa de todos, pero a ella no le importa. Sigue haciendo su obscena danza, con la mirada alegre, una danza en donde se toca intensamente entre las piernas y muestra la lengua a todos.

Ayer la vi, con una botella de licor en la mano, haciendo un striptease en el semáforo de la avenida. Puso el frasco en la acera, y se fue despojando suavemente de la ropa. Sus tetas rompían el aire al ritmo del grotesco baile, la gente pasaba en los autos sonando una y otra vez el claxon. Finalmente se quitó también el short, dejando al descubierto su sexo enyerbado, que de inmediato comenzó a frotar con frenesí.

No pude soportarlo. Crucé la calle, y la cubrí como pude con mi camisa. Entonces la tomé de la mano, y la llevé por la fuerza de regreso a nuestra casa, hasta que vuelva a escaparse en busca de un poco de ron.

## **Perfume de mujer**

### 1.

Esta profesora dedica casi por completo su clase a hablar sobre la preparación política. Dice que hay que estar informados, leer la prensa y ver las noticias en la televisión. Mientras habla sin parar mueve las manos hacia un lado y hacia el otro, señalando a ratos no sé hacia dónde exactamente. A veces se detiene un instante y acomoda los flecos con cuentas que cuelgan del blanco turbante que lleva puesto. A veces toma alguna nota en el pizarrón, una nota que sólo tiene sentido para ella, pues nos ha hecho llenar de brevísimos apuntes nuestros cuadernos, en un desorden tan grande que al menos para mí resulta incomprensible.

El tiempo se desliza hasta el horario de merienda. Miro la hora en mi reloj y me sorprende el estridente sonido del timbre. Nos ponemos de pie al mismo tiempo arrastrando las sillas y salimos en estampida para el comedor.

Después de merendar y subir tres pisos el pasillo hasta el aula luce infinito. Es febrero y en las noticias se anunció ayer la llegada de un frente frío. El clima

invernal es agradable, aunque algunos lucen sus abrigos. Lo molesto es la llovizna que viene y va desde el amanecer.

Hoy es el segundo día de este curso en la capital. Me mandaron de mi provincia pues dice mi jefe que tengo grandes cualidades para la política. Frente al aula algunos fuman. Me quedo allí y los imito mientras me termino el refresco enlatado de la merienda. Vuelve a sonar el escandaloso timbre y se acerca de prisa una profesora cincuentona con unos cuantos libros auestas. Libros gruesos, libros de cientos de páginas. Economía Política, alcanzo a leer en uno. Me ofrezco a ayudarla con la pesada carga que dejo enseguida sobre el buró que preside el salón.

Todos ocupan su sitio. Yo desde ayer elegí el segundo pupitre de la tercera fila. Comienza la clase y al instante un joven se asoma por la puerta y pide permiso para entrar, dice que son los de La Habana. La profe alza muchísimo la voz, dice que no entiende cómo es posible que siendo los que más cerca viven lleguen retrasados. Se disgusta, pero poco después se calma, así que cede y comienza a impartir nuevamente la lección.

Los habaneros lucen diferente a nosotros, no sé si es por su manera de vestir o por las doradas prendas

que ostentan en sus muñecas y cuellos, no sé si es por los aretes y el pelo largo perfectamente recogido del único joven que entra junto a las cuatro muchachas. Una de ellas es tan atractiva que ilumina el aula y al pasar por el umbral de la puerta me encandila, como si hubiese mirado el sol de mediodía directamente a los ojos. Es una mulata, una mulata preciosa que se sienta justamente en el puesto que había permanecido vacío frente a mí. Al tomar posesión del pupitre saca de su mochila un cuaderno, par de lápices y una goma blanquísima. Pone la mochila a su lado, en el piso. Organiza su cabello que se había quedado entre su espalda y la silla. Se inclina un poco, pone las manos detrás del cuello y el pelo se derrama bruscamente sobre el espaldar de la silla. Yo estoy tan cerca que sus rizos rozan levemente mi cara. Tiene un aroma seductor, un olor exquisito, pienso y me acerco un poco para darle gusto a mi enfermizo olfato. La mulata huele a canela y caramelos, o a caramelos de canela, ni sé. Sólo sé que su perfume es divino, adictivo como una droga. Entonces no puedo dejar de oler, entonces me acerco, pero ella se voltea y me sorprende en el intento. Yo dejo caer el lápiz a mis pies ingenuamente, me doblo para recogerlo y me pongo a escribir en la libreta, sin mirarla.

Desde ese momento pasé la clase explorando a la habanera: reparé en el morado cintillo que llevaba puesto, en el radiante castaño oscuro de su cabello de mestiza, en el negro color de la pintura de las uñas de sus manos, en el carmelita de sus sandalias de correítas de cuero. Reparé en sus manos cuando sostenía el lápiz, y también cuando se equivocaba al escribir y usaba la goma para borrar.

La brisa húmeda y fría entró por la puerta y las persianas. La brisa me trajo el hipnótico y acaramelado perfume de la mulata. Yo me imaginé postrado a sus pies, besándolos indefinidamente. Yo me imaginé tirando con delirio y violencia de su pelo en una pose perruna mientras ella me pedía gritando más y más. Yo me imaginé un mundo sin economía ni política, sin orden mundial establecido. Imaginé un mundo unipolar perteneciente única y exclusivamente a ella, sin lucha de clases ni nada. Me imaginé sodomizado, borracho por sus mieles y drogado por su aroma afrodisíaco. Y, como buen proletario, me imaginé compartiendo la plusvalía, el excedente de lo más íntimo de mi producción social y personal con ella, en un eterno tratado de ayuda mutua entre provincias hermanas.

Escucho que desde el pasillo alguien grita mi nombre y pregunta si voy a almorzar. Abro mis ojos y noto que el aula se ha quedado vacía pero aún puedo sentir a la habanera sentada en el pupitre de enfrente. Puedo olerla, incluso puedo acariciar suavemente lo crespo de su cabello de mestiza celestial.

## 2.

No quisimos almorzar. Decidimos irnos por ahí a dar una vuelta. Terminamos en un modesto bar que encontramos casualmente en una avenida, cerca de los hoteles. Entramos cuando la llovizna se convirtió en aguacero y nos sentamos en una mesita a conversar. No era una cita, ni ella ni yo quedamos en nada. Solo me preguntó en el aula cuando desperté: ¿oye guajiro, tú tienes ganas de oír la muela esa toda la tarde? Le dije que no y salimos. El tiempo pasó entre cafés, tragos de ron barato y cigarros.

Le conté que estaba infelizmente casado. Que teníamos una niña de un año que era la razón por la cual yo respiraba en ocasiones en la cama el aliento de mi mujer. Le dije que antes de conocer a mi esposa yo vivía en un pequeño barrio rural de un municipio de mi

provincia. Ella no entendió nada, ella creía que Cuba eran sólo La Habana y Varadero, creía que lo demás era un pedazo de tierra llena de árboles en donde vivían en bohíos un montón de indios. Me molestó un poco eso. Yo no podía concebir que no le enseñaran geografía a los habaneros en la escuela.

Ella me dijo que vivía con la madre y la abuela en un pequeño apartamento en el Cerro. Que su padre estaba vivo, pero para ella había muerto ya, hacía mucho, pues nunca la quiso ni la atendió como un padre debería atender a una hija. Me dijo que tenía pareja pero que no estaba enamorada. El novio era un tipo sexy de negocios, con moto, carro y casa en la playa. Me dijo que leía mucho, cualquier género, y que le gustaba la poesía y la buena música. Sacó entonces su reproductor mp3 de la mochila y metió un audífono en mi oreja y el otro en la de ella. Puso una canción de Miguel Bosé y otra de Julieta Venegas y otra más de Buena Fe.

Yo le hablé de literatura, le dije que a veces escribía y le prometí un poema antes de despedirnos. Hablé de Amir Valle, de Alberto Garrido, de Guillermo Vidal. Le hablé de Habana Babilonia, de La Leve Gracia de los Desnudos, de El muro de las lamentaciones, le hablé también de Matarile y de Las Manzanas del



Paraíso. Me pareció imperdonable que no hubiera leído a esos autores, que ni siquiera supiera de su existencia. Matarile es una obra genial y única, le dije, se dice que rompió con la manera tradicional de narrar, de escribir una novela. Le confesé que al leerla en algunos momentos sentí como si me faltara el aire. El lenguaje que utiliza El Guille es bien coloquial, por momentos galopante, ah y es muy tunero, incluso utiliza nombres de personas reales, de amigos, familiares y vecinos. Irónicamente no se disculpa por hacerlo. El Guille y sus cosas, y, Las Manzanas del Paraíso es tronco de novela. Trata sobre maricones y gente marginal, del mal ambiente. ¿Tú eres homofóbica mulata? Sacudió la cabeza hacia los lados, negando. Me ha prestado atención todo el tiempo, ni siquiera me interrumpe una vez, sólo escucha como si yo estuviera diciendo las cosas más interesantes del mundo. Miré mi reloj, son las cinco y veinte ya, le dije, creo que deberíamos irnos, tú tienes que ir para tu casa. Asiente, pero sospecho que no quiere irse a ningún lado.

Sus ojos negríssimos tienen un brillo extraordinario. Sus ojos no han dejado de mirar a los míos. Yo le pregunto si está de humor para el poema, como dice que sí me doy un trago de ron he intento

poner voz de locutor de radio, y le declamo mi mejor poema.

Ella tiene la barbilla apoyada en su mano derecha, el codo sobre la mesa y me observa fijamente con los ojos muy brillantes.

### 3.

La avenida luce solitaria y fría. Muy pocas bombillas del alumbrado funcionan, la sombra de los árboles enrarece aún más el ambiente. La brisa que viene del mar trae un seductor aroma salino que abastece mis pulmones. Cae una delgada llovizna desde el amanecer y la noche parece empeñada en no terminar. La noche es la cómplice de nuestro delirio, de nuestra aventura invernal. Supongo que son más de las tres de la madrugada y nosotros parecemos ser los únicos sin sueño, justamente en esta, la ciudad que nunca duerme.

¿Estás borracha ya? date un trago, le digo. Ella toma la botella de Havana Club casi vacía y bebe hasta que ya no queda nada. Son cuarenta grados de alcohol, esta muchacha está loca, pienso.

¿Tienes frío?, me pregunta y junta su febril piel mestiza a la mía. Yo me aferro a ella. Es como un abrigo vivo. Siento su respiración en mi cuello.

Vamos hasta el malecón, vamos a bañarnos, dale, guajiro... O no, deja, mejor no, no vaya a ser que se te desaparezca la picha, y luego no la encontremos ni con un microscopio, y más en tu caso que eres blanquito... No me hace ninguna gracia el chiste, es la verdad. Ella al ver que me alejo un tanto y que pongo cara de ofendido, enseguida se acerca: Que bobo eres, guajiro, eso es jugando contigo, bobito... me dice en un susurro y me agarra por las nalgas, me aprieta contra ella, me besa y se separa de pronto. Entonces se sube poco a poco el vestido al ritmo de una música imaginaria. Hace un baile erótico bajo la llovizna de febrero, un baile erótico semidesnuda frente a mí, bajo la luz de la luna, y en medio de la madrugada maléficamente fría. A ver, tú que eres un tipo viril, un guajiro viril, a que no me la metes aquí, ahora mismo... Está loca o borracha. O es una loca que está borracha. ¿Y si alguien nos ve?

La lluvia arrecia y la brisa se transforma en viento que sugiere la llegada de un ciclón tropical mientras ella sigue danzando. ¿Tienes miedo, guajiro? No lo puedo creer, yo pensé que eras un tipo viril... ¿un

tunero cobarde...? no te imaginé así... dale ven, ¿no te gusta? Mira esto, maricón... Dice y abre muchísimo las piernas, está sentada en el borde de un banco, y a pesar de la insuficiente luz, puedo ver entre sus muslos un blúmer blanquísimo que comienza a quitarse despacio, mientras se muerde los labios y me mira con excesiva lujuria... ¡Ah, y no, guajiro viril, no estoy borracha! ¡La verdad es que me siento genial...! Entonces lame sus dedos, los humedece lo justo y los pone dentro de su sexo, su sexo que supongo lo suficientemente jugoso ya para penetrarla. Tengo una erección formidable. Abro el zipper de mi pantalón, ella se acerca con apetito y ni siquiera lame un poco, mete enseguida mi pene en lo profundo de su boca cálida y mojada.

Aun así tiemblo. La fría llovizna no cesa, miro alrededor y sólo veo un perro que se rasca a lo lejos. La mulata chupa con devoción y gime mientras se masturba suavemente por un rato. De pronto se pone de pie, me empuja hacia el banco donde estaba sentada y me monta como corcel domesticado.

La mulata camina de regreso a la escuela abrazada a mi cintura, desentona una canción de Miguel Bosé mientras amanece en Cojímar. Yo no dejo de

pensar en que mañana termina el curso, no puedo dejar de pensar en que mañana en la noche regreso a casa.

## ACERCA DEL AUTOR



Maikel Sofiel Ramírez Cruz, Puerto Padre, 1981. Reside en la ciudad de Las Tunas, Cuba. Licenciado en Psicología. Textos suyos han salido a la luz en las revistas Quehacer, y El Caimán Barbudo, ambas en Cuba, Letralia, en Venezuela, Primera Página, y Bitácora de Vuelos, ambas en México, El Narratorio, antología literaria, en Argentina, 142 Revista Cultural, en España, y en la web literaria Isliaada. Publicó, además, en formato digital, El bar de las revelaciones, con la Editorial Kañy, en Argentina.

## Índice

El bar de las revelaciones.....	4
De guerras y soldados (I) .....	7
Blackout .....	8
De guerras y soldados (II).....	11
Bloqueo .....	12
El penoso tormento de los borregos.....	14
El subteniente.....	18
En boca de todos.....	23
El duende.....	28
El loco.....	33
El machetazo .....	35
Vicios del destino .....	38
Mensaje nuevo.....	39
En medio del callejón.....	42
Desde la azotea.....	46
El profesor de matemáticas.....	50
El trompo.....	56
La loca.....	58

Perfume de mujer ..... 59

Acerca del autor ..... 70





Título: El bar de las revelaciones.

Autor: Maikel Sofiel Ramírez Cruz.

Imagen portada: *Metamorfosis*, Diosdado (Pululo) Peña Santiesteban.

Edición digital Hoja en blanco. Enero, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

[www.hojaenblancoeditorial.com](http://www.hojaenblancoeditorial.com)

